

Isaac Rosa, *Lugar seguro*.

Barcelona: Seix Barral, 2022, 309 pp.

(Revisado por Rosa María Jiménez Padilla, Università degli Studi di Bergamo)

Lugar seguro, premio Biblioteca breve 2022 otorgado por la editorial Seix Barral, muestra una suerte de actualización de la novela picaresca del siglo XXI. En sus poco más de 300 páginas, presentan tres generaciones en busca del tan idealizado ascenso social que, no obstante, no se materializará de la forma anhelada. El narrador desvela los desvaríos de su vida en el trascurso de veinticuatro horas, a lo largo de las cuales intentará mercantilizar el miedo, crear un “lugar seguro” en el que refugiarse ante un remoto, pero posible, colapso. El nombre de los protadonistas, Segismundo, dota a la narración de un gran significado que remite a sueños incumplidos.

En su novela, Isaac Rosa (Sevilla, 1974) perpetra una crítica mordaz a nuestra sociedad actual post pandémica. Con gran habilidad expresiva, se acerca al lector a través de un lenguaje plagado de repeticiones, reiteraciones, onomatopeyas, que conecta con el mismo y lo entretiene. Muestra un uso de la lengua cuidado que, no obstante, resulta a veces soez, gamberro. Con destreza, consigue arrancar sonrisas al interlocutor que se identifica con comentarios que, aunque no remiten a su experiencia personal, pertenecen a su bagaje cultural. El uso de la ironía y el sarcasmo es evidente en la creación de un antihéroe que identificamos en la comunidad. Nos antepone los males de la sociedad, la pobreza, el racismo... y, sin embargo, se vislumbra una esperanza, un “lugar seguro”.

El protagonista y narrador de la historia, Segismundo García, ejecuta de manera categórica un monólogo interior dirigido directamente a su padre, Segismundo García, al más puro estilo Delibes. Los acontecimientos narrados se suceden en un solo día, un puñado de horas durante las cuales nuestro protagonista intenta, con mayor o menor acierto, prosperar en la vida a través de negocios de dudosa moralidad. A su vez, el antihéroe nos presenta a su padre, aún más granuja que él, que ahora es un anciano con demen-

cia, a quien le dedica sus más amargos reproches y culpa de su mal sino. En medio del monólogo interior, Segismundo tendrá que ocuparse de su hijo adolescente, el tercer Segismundo García, el tercer buscavidas, al que veremos en acción con negocios que, aunque más fructíferos que los de su padre, no lo llevarán por la senda del buen camino.

El recuento de personajes se cierra con Mónica, la ex mujer de nuestro protagonista, con Yuliana, la dulce cuidadora de su padre y, por último, con la conienzuda “Gaya”. Como figurantes nos encontramos con una succulenta lista de nuevos miembros de la sociedad: “ecomunales”, también denominados “botijeros”, “prepas” y “zombis” cumplen cada uno de ellos un papel en el mundo que se está fraguando.

Los “ecomunales”, descritos como verdaderos holgazanes (p. 41), representan una suerte de evolución de los ecologistas. Se muestran implicados tanto en problemas medioambientales como sociales, con afán de mejorar los diferentes ámbitos de la comunidad. Segismundo los designa “botijeros” por abanderar el lema: “botijos contra el cambio climático” (p. 97). Disponen de una “pulserita de colores trenzada” que los identifica y que no pasa inadvertida al narrador (p. 38). En cuanto a los “prepas”, ciudadanos preparados para el colapso (p. 108), encuentran en los “zombis” su antítesis (p. 112), es decir, personas carentes de planificación para el inminente desastre. Por ende, intentarán beneficiarse de los “prepas” cuando llegue la hecatombe.

Isaac Rosa nos sume en una crítica al consumismo, al deseo de tener más, al deseo de subir en el “ascensor” social, a la fanfarronería, la ostentación, todo ello tan anhelado por su padre, Segismundo el Grande, que lo llevará tanto a él como a su familia a la debacle, cuya consecuencia será la cárcel y una posterior demencia.

Segismundo García deja brotar sus pensamientos sin filtros, como quien necesita desesperadamente un desahogo, una vía de escape, se sincera y se da por completo a su monólogo interior. La sucesión de ideas fluye, discurre del pasado, al presente, al futuro, donde sus recuerdos y experiencias se entremezclan, evocando imágenes mordaces: la esquelética conciencia (p. 13), las farolas decapitadas (p. 144), el lanzamiento del hueso (p. 12), el ascensor social (p. 52), y muchas más. Con un su estilo característico, jocoso, la narración se sucede de lo más cuidado a lo más procaz, enganchando desde el principio al lector.

En definitiva, el relato nos deja en suspenso hasta la última página, nos mantiene a la espera del hallazgo que podría cambiarlo todo, el lugar seguro, que se

transforma, muta, así como lo hace la naturaleza humana. Quizá ese lugar no exista, quizá sea el propio olvido, la demencia de su padre como una redención, o quizá lo encuentre donde menos lo espera. Saquen sus propias conclusiones.

ROSA JIMÉNEZ PADILLA

Universidad de Bérghamo

rjimenez84@gmail.com

ORCID code: orcid.org/0000-0001-5400-235X